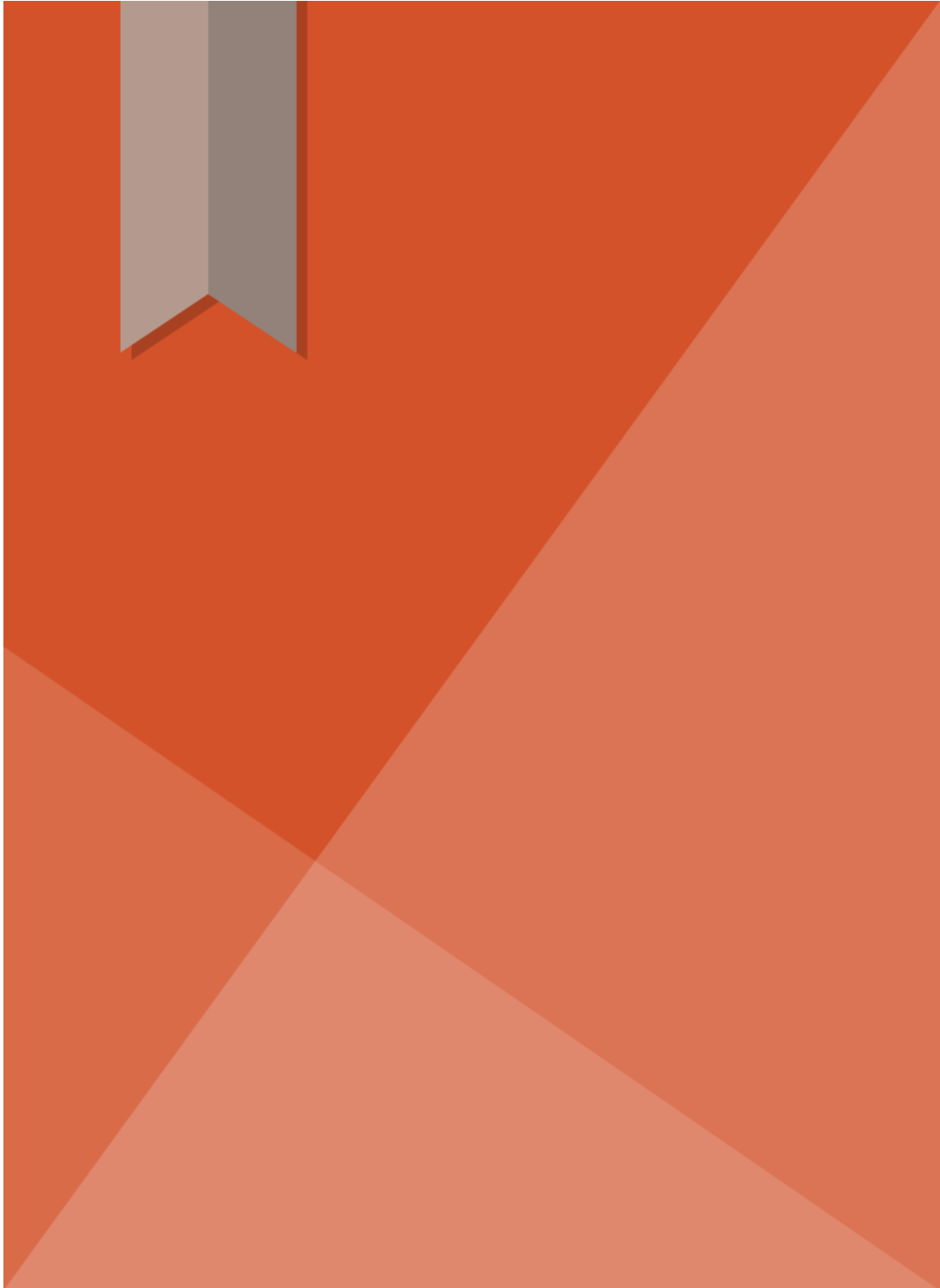


Ropa Heredada

Itzchel Pamela Quintanar Domínguez



Capítulo 1

Tomaba la tercera cerveza, no sabía si era bueno hacerlo o no, pero creo que por los nervios la tome, hacía un calor terrible y ¡cómo no! si era mayo, en tierra de playa toda la humedad hace de cualquier lugar una olla de presión.

Vi a mi esposo mirar varias veces el reloj, estaba nervioso, también distraído y no es que la plática con los tíos fuera aburrida, lo que pasa es que estábamos por conocer una noticia, de esas que te cambian la vida. Ya imaginábamos los resultados, pero aún así fingíamos una naturalidad poco común al conducirnos.

Por fin eran las cuatro en punto, el laboratorio no estaba lejos de la reunión a la que asistíamos, me miró y me dijo -ya es hora-; nos levantamos de nuestras sillas, comenzamos a despedirnos mintiendo sobre un compromiso más esa tarde, que ya estaba pactado, así, salimos al coche y emprendimos un viaje que aún no termina.

Entre por la puerta del lugar, la chica del mostrador me pidió mis generales y un comprobante que esa mañana me habían dado, le di todo lo que pidió y espere alrededor de cuarenta y tres segundos, larguísimo segundos, al fin del tiempo me entregó un sobre, ella no lo sabía pero en ese momento era la estrella principal de mi película interna, su personaje podría ser el de una heroína o un verdugo, todo dependía del contenido de su entrega, el sobre blanco con mi nombre me revelaría una verdad inigualable, no lo abrí, espere a regresar al coche.

Abrí la puerta del coche, me senté y le dije a mi esposo -ábrelo tú, yo no quiero ver- sabía de antemano que cualquiera de las posibilidades me haría llorar, así que, ante mi cobardía, él abrió el sobre. Su cara cambió, aún hasta hoy no sé que fue lo que vi, si era dolor, emoción, felicidad, sorpresa o todo junto, me sonrió y dijo ¡estas embarazada!!

El resultado tal vez lo leí en el momento o hasta después, sólo recuerdo que puse mis manos en mis ojos, llore, grite y me reí muy fuerte, ¡vaya! lo que un pedazo de papel puede hacerte sentir, aún hoy escribiéndolo siento mi estómago revolverse y ponerse rígido, es raro, pero siempre será inconfundible la sensación.

Hay muchos detalles en nuestro embarazo, sin embargo, hay uno que me quedo marcado, no ahondaré ahora en cómo fueron los nueve meses, sólo en lo que pude aprender.

Demián no llegaba en el mejor de los momentos, yo no tenía trabajo y vivíamos sólo del sueldo de su papá, eso sin mencionar que en este país

por más que ganes arriba de la media, el salario sigue sin alcanzar.

Los meses avanzaban, mi cuerpo se volvía cada ves más grande, las hormonas hacían sus desperfectos en mí, nuestro hijo seguía creciendo, con mucha fuerza, con muchos ímpetus, hasta ahora nada ha cambiado, en la actualidad es un remolino.

Llegaba así el séptimo mes, el cuarto donde debía estar una cuna simplemente estaba vacío, no había ni un cojín, un peluche y de ropa ni hablar, la nada invadía esa habitación; debo confesar que había días en lo que pensaba y sí te hubieras cuidado, y si hubieras tomado la pastilla del día siguiente, y si te hubieras fijado en el calendario para no hacerlo en fecha fértil; en otras ocasiones me sentía culpable por estar embarazada, no lo buscamos deliberadamente, ya lo queríamos, pero los planes no eran esos, y es que lo que planeas no llega cuando tu lo quieres, pero sin dudas llega en el momento perfecto.

Cuando la tristeza te envuelve sueles dejar de ver lo emocionante que puede ser todo, podría citar mil ejemplos de cómo este sentimiento nos ataca, nos manipula y nos convierte, pero no lo haré porque sí es verdad, sobra del tema, nos bastan sólo tres o cuatro palabras para describir como dejamos que se manifieste, eso es personal, por lo pronto yo cuento mi ayer, me latigueaba, me sentaba a llorar por las tardes cuando mi esposo no estaba, me enojaba conmigo por ser tan descuidada, me agredía diciéndome tonta y descuidada; sí las hormonas estaban tomando todo el poder. Me encontraba en la etapa más fantástica, en ningún otro momento de nuestras vidas Demián y yo estaríamos más cerca y no lo disfrutaba porque en el cuarto de él no había nada. Estaba por aprender una lección de las mas significativas de mi vida.

Una tarde, de esas en las que ya era costumbre sumirme en la pena, la inseguridad y el llanto sonó mi teléfono, me llamó ella; palabras para describirla no me faltan, pero los rasgos más definidos son su amor y su alegría; siempre fuimos amigas, estudiábamos juntas, salíamos a divertirnos, aún así el tiempo pasaba y nuestras vidas poco a poco cambiaron. Un embarazo, el matrimonio, más hijos, cambio de ciudad, vidas dispersas, todo nos alejaba. La había visto hace casi un año, nos reencontramos en una reunión especial, tratamos de mantener el contacto, pero ocurría lo mismo siempre, eso que hacemos sin darnos cuenta, olvidamos a personas que realmente vale la pena tener en nuestras vidas, claro si no hiciéramos eso no seríamos seres humanos.

No lo sabe, pero su voz me dio alegría, preguntó cómo me sentía y obviamente dije que bien, era tan fácil mentir y decirle a todos lo feliz que estaba en mi estado. Hablamos un poco sobre el embarazo y ya casi para colgar me preguntó si podría visitarme, lo dude un momento, ya que eso

implicaría, limpiar la casa, alistarme, verme guapa y francamente con mi gran carga hormonal no me estaba permitido nada de eso. Dije que sí, no sé si porque quería verla o porque estaba siendo educada. En fin al otro día ella estaría en mi casa.

Toco a la puerta, yo ya estaba esperándola, nos sentamos en la sala a conversar de todo y de nada, tomamos café un poco solamente por las agruras interminables, nos recordamos anécdotas de la universidad, cada quien desde su punto, de cómo lo vivió, se nos acababa el tema y llegó la pregunta que me incomodaba, -¿qué le has comprado a bebé?-. ¡maldita sea! porque la gente se siente con el derecho de irrumpir así en tu incomodidad tan cómoda, porque tienen que preguntar cosas que uno no quiere decir, o más bien que no puede decir, porqué, en la segunda palabra de la explicación la garganta se te hace nudo y los ojos se llenan de agua; ¿por qué quería saber, para juzgarme por no poder darle algo a este niño que no pidió venir al mundo?. Comencé mi juicio contra ella, que en realidad no era hacia ella era contra el mundo y a la vez contra mí, me veía en la mente gritándole enojada, explicándole que no tenía trabajo y que no me contrataban en ese estado, le admitía que la había cagado y que mi inteligencia no me dio para más, porque me había olvidado de mirar un simple calendario y había pensado que no me pasaría nada, ¡cómo había sido tan estúpida al creerme eso!, si después de tremendas cogidas era obvio que quedaría en cinta, aun cuando no fuesen mis días de riesgo de embarazo, me imaginé jalándome el cabello y tirándome al suelo, fui una mártir en esa escena, toda mujer lo ha sido en algún momento de sus vida o en mi caso en muchos, pero a diferencia de lo que pensaba sólo le sonreí, tome aire y le dije -no podemos por ahora adquirir cositas para Demián, yo creo más adelante ya estaremos más holgados en nuestras finanzas-. Sentí vergüenza al decirlo, no con ella ni conmigo o el mundo, la sentí con él, que me escuchaba en su pequeña bolsita de vida dentro de mí.

Me sonrío y con una mirada de amor y comprensión, de esas que sólo te dan las personas que realmente saben de qué hablas, me dijo -no te preocupes hermana, no te desesperes tampoco, todo llega cuando se necesita-. Me conto que habían pasado por algo similar con mi segundo sobrino, momentos difíciles y que estaban recuperándose poco a poco. Su fortaleza me ayudó, escuche atentamente como se propuso a dejar que todo ocurriera en sus vidas, las cosas buenas y las que no son tan agradables, sé que esto parece un argumento que ya está muy usado, pero la vida en realidad se trata de eso, de argumentos usados por todos a tu alrededor y que en algún momento cada uno tendrá que usar, ese día me tocaba a mí, usar e identificarme con todo lo que ella me compartía y crear mi propia historia. Lo más difícil que un ser humano puede llegar a hacer es aprender en cabeza ajena, ese día yo me dispuse a aprender de esa manera, dejar que las cosas ocurrieran, así como así. Al final de la plática ya reíamos, siempre ha sabido hacerme reír, hemos sido muy ocurrentes, logró que recordara como me hacía bien carcajearme. Pasó la

tarde y tuvo que irse, con la promesa de regresar en algunos días, sin duda ella notó que necesitaba más tardes de esas.

Los siguientes días me sentí mucho mejor, como fresca, como en esos cuentos que de chica te cuentan, donde se canta y ves todo maravilloso, sí esas también eran mis hormonas, ¡icaray! a veces las extraño. Llamó otra tarde y me dijo -¿puedo pasarme de rapidito a tu casa?, estoy por aquí y pensé en saludarte-, -¡qué bien!, sí, aquí estoy- le respondí, cinco minutos después estaba fuera de mi puerta, abrí y me dijo -vengo de rápido hermana- había algo raro en su cara, no es que le hubiese pasado algo físico, lo que tenía era pena, sí de esa que no se sabe esconder y de la que no se confunde. Sólo dije -está bien, ¿pasa algo? -, ella con notable expresión de estar buscando las palabras exactas me contestó, -te traje algo, pero no se te vaya a molestar. Tenía mucha ropa de mi hijo por ahí guarda. Como te dije nuestra situación es parecida a la tuya, me da pena contigo, no podré darte algo nuevo para mi sobrino, pero tengo esto y espero le sirva-. Eran dos bolsas muy grandes, le agradecí de verdad el acto y la intención y se marchó.

Abrí las bolsas en seguida de su partida, las vacié, había ropa de todo tipo, toallas, accesorios, mantas. Me quede mirando por un ratito con emoción y con la sensación de un calorcito rico la variedad de cositas, comenzó un nudo en mi garganta y llore como nunca, y es que no era la ropa que me hacía falta, ni eran mis hormonas, en ese momento era el darme cuenta que en esa bolsa ella llevo la esperanza, esperanza que en días se pierde o la guardas muy bien y después no sabes donde la dejaste, me entregó en cada prenda un cachito de su amor, no de su amor a mi o a mi hijo, sino de su amor como madre, como mujer, como creadora y dueña de sus actos; me quede con mamelucos llenos de sonrisa, llenos de juegos, de días de desconsuelo por no saber qué hacer con lo que les pasaba, estaba por lavar recuerdos de fortaleza y templanza ante cada situación. Me dio lo que a ese cuarto vacío le faltaba, verdadera entrega a la vida.

Había pasado meses tan entregada a algo que no es vivir, a no soñar, no crear, a preocuparme por todo lo que no tenía y no darme cuenta conscientemente de lo que sí tenía en mi vida.

Esa tarde mientras tendía la ropa recién lavada me aseguré de jamás olvidar lo que había aprendido, cada etapa de embarazo te lleva a un nacimiento, no sólo de un hijo sino de uno como persona, y no hacen falta los nueve meses, con un día es suficiente. Me aferraba tanto a vivir de la misma manera que antes de embarazarme cuando me prohibía sentir y hablar con toda sinceridad, como lo había hecho esa tarde que ella llegó a casa, aprendí a abrirme a vivir esta experiencia, sin hacerla trágica sino hacerla enriquecedora. Hoy vivo en verdad junto a Demián y mi esposo,

vivo los logros y abrazo mis miedos, mis hormonas juegan conmigo una vez al mes, pero lo demás lo controlo yo.

Hoy que recuerdo aquella tarde cuando me dejo las bolsas, me río de su cara, ella no lo sabe, pero me dejo tanto que hoy puedo decir que me encanta la ropa heredada, porque lleva mucho más que el cariño de quien la hereda.